

MÁS ALLÁ DEL BARRIO: HABITAR SANTIAGO EN LA MOVILIDAD COTIDIANA

Beyond the neighborhood: Living Santiago in everyday mobility

WALTER IMILAN*

PAOLA JIRÓN**

LUIS ITURRA***

Fecha de recepción: 21 de enero de 2015 - Fecha de aprobación: 14 de mayo de 2015

Resumen

El barrio ha sido por largo tiempo el principal dispositivo de observación y análisis urbano para la antropología. Sin embargo, se evidencia en la actualidad un debilitamiento de la escala del barrio como una unidad significativa de la experiencia de la ciudad para los habitantes. El texto plantea que el estudio de la movilidad cotidiana permite ampliar nuestra comprensión de como la ciudad es experimentada, en consecuencia, fuente para la construcción de identidades individuales y colectivas. Se presentan etnografías de prácticas de movilidad que permiten problematizar la experiencia cotidiana y el rol que juega el barrio en ellas. La hipótesis central del texto es aproximarse empíricamente al habitar urbano que considere de forma central la movilidad y de esta forma integrar el habitar a los debates contemporáneos respecto a la producción del espacio

Palabras clave: habitar, movilidad cotidiana, antropología urbana, etnografía urbana, barrio.

Abstract

The neighborhood has long been the primary device of observation and urban analysis for anthropology. However, the evidence shows a weakening of neighborhood scale as a meaningful unity of city experience for the population. The text states that the study of daily mobility can broaden our understanding of how the city is experienced as a source for the construction of individual and collective identities. Through ethnographies of mobility practices is possible to problematize everyday experience and the role played by the neighborhood. The central hypothesis of the text is an empirical approach to urban living focus on the mobility, integrating the inhabitation in contemporary debates about the production of space.

Keywords: inhabitation, daily mobility, urban anthropology, urban ethnography, neighborhood.

* Antropólogo, Universidad de Chile; Maestría en Desarrollo Urbano, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile; Dr. Ing. en Planificación Urbana y Regional en la Habitat-Unit, Technische Universität Berlin. Académico Instituto de la Vivienda (INVI), FAU-Universidad de Chile. Correo electrónico: wimilan@uchilefau.cl

** Ph.D en Planificación Urbana y Regional, London School of Economics and Political Science, Reino Unido. Académica Instituto de la Vivienda (INVI), FAU-Universidad de Chile. Correo electrónico: paolajiron@uchilefau.cl

*** Arquitecto, Universidad de Chile. Magister en Hábitat Residencial, Universidad de Chile. Académico Instituto de la Vivienda (INVI), FAU-Universidad de Chile. Correo electrónico: liturra@uchilefau.cl

1. Introducción

La pregunta ¿cómo se habita? tiene un verdadero trasfondo antropológico. Habitar implica comprender no sólo cómo los sujetos viven, sino más aun, la experiencia espacial en sus vidas cotidianas y las implicancias que ella tiene en la formación de las identidades. La antropología parece ser un campo disciplinario que goza de cierta experticia en este ámbito, toda vez que explora en las formas en que los sujetos experimentan sus propias vidas, tal como en la clásica formulación de Geertz “desde el punto de vista del nativo” (1990), lo que significaría aquí, entender al habitante y sus relaciones con el espacio que vivencia. Sin embargo, la antropología cuando ha volcado su mirada hacia la relación entre cultura y territorio, pensemos en los subcampos de lo urbano y rural, ha tendido más bien a localizar prácticas y sentidos en unidades espaciales discretas y distinguibles, más que a observar, develar y analizar prácticas múltiples y multiformes en que los habitantes espacializan sus culturas que nos auxiliien en entender las formas de habitar.

La experiencia del habitar se conforma a partir de raíces y rutas (Clifford, 1997), en este sentido el espacio se experimenta y significa tanto en las relaciones fijas, residenciales, como en los viajes que se realizan, cotidianos, reales o imaginarios. Ciertamente, lo que ha sido llamado como antropología urbana (Delgado, 1999; Low, 1996; Signorelli, 1999), ha dedicado su atención a observar prácticas de residencias y las relaciones que se construyen y anclan en la vecindad. El barrio y su escala de comunidad ha sido un tópico recurrente, en busca de la restitución de aldeas -ahora en la ciudad (Welz, 1991). Otras escalas de análisis, como la de la vivienda y la conformación de hogar, han sido abordadas en mayor medida desde la pers-

pectiva de los estudios de género que desde una lógica territorial. De igual forma, el acercamiento a dinámicas de escala ciudad-región parece enfrentarse a las limitaciones de prácticas disciplinarias forjadas en torno a lo microsocial. En consecuencia, la antropología aplicada al estudio de lo urbano ha sido por largo tiempo sinónimo de estudio de barrios como unidades relativamente autocontenidas, por ello García Canclini ha resumido el aporte de la antropología urbana mexicana en comprender “lo metropolitano desde lo barrial” (2005: 14). Aun más duro, Carlos Reynoso (2010) ha planteado que este anclaje en la pequeña escala y la incapacidad para teorizar con otras dimensiones del territorio ha condenado a la antropología urbana a la intrascendencia al interior del campo de los estudios urbanos.

El barrio o cualquier otra unidad de estudio similar implica siempre un recorte de la realidad. Se trata de un artificio metodológico que puede tener existencia significativa, pero es por sobre todo, y lo que habitualmente se olvida, solo una de las formas de observar el habitar la ciudad. Centrar la mirada en el barrio es también delimitar la reflexión en la residencia, como un conjunto de prácticas localizadas identificadas con la vivienda y su entorno inmediato, mientras que mucho menor interés y énfasis se ha puesto en entender la extensión, complementariedad de estas residencias a partir de la movilidad, ese conjunto de prácticas vinculadas a viajes, migraciones temporales y transnacionales, turismo y todo tipo de movimientos que se desarrollan para realizar actividades cotidianas. La movilidad ha tomado una creciente centralidad para comprender la conformación de la sociedad y cultura contemporánea (Urry, 2007; Cresswell, 2006). Habitar en la movilidad, no obstante, no se trata de consignar simple-

mente que la gente se mueve, sino develar la experiencia de ese movimiento en sí. Siguiendo a Ingold (2007) y su metáfora de la línea, se trata de poner atención en la conformación del trayecto, intentar iluminar lo que sucede mientras se traza la línea antes que centrar la mirada en los puntos que une.

La creciente expansión, segregación y aumento de las desigualdades en la Región Metropolitana de Santiago presenta tremendos desafíos para una lectura antropológica del habitar. Algunos de los fenómenos que están transformando el habitar se relacionan, por ejemplo, con la expansión de la periferia metropolitana, la verticalización inmobiliaria en áreas centrales, proliferación de barrios cerrados, y la estigmatización territorial de antiguas poblaciones y de nuevas urbanizaciones (López et al., 2014). La pregunta del habitar debe trabajar con este tipo de materiales, integrando el trabajo de la antropología urbana a un campo más amplio de los estudios urbanos. Es aquí que la movilidad deviene en recurso para dar luz a las implicancias de estas más recientes formas de producción del espacio urbano, y en esta dirección, resulta fundamental explorar en como el habitar en consecuencia forma parte de esta producción. En este contexto, ¿Es posible mantener el anclaje localizado del habitar al barrio?, o dicho de otra forma, ¿dónde termina mi residencia? o ¿qué tipo de límites la contienen? (Iturra, 2014, 2015). Entonces, ¿dónde buscar el sentido de la experiencia urbana?

En efecto, emergen cada vez más indicios que muestran la obsolescencia de la noción de barrio para la formación de relaciones significativas. Para quienes realizan trabajo de campo en barrios es común encontrarse con expresiones como “yo no me junto con nadie”, que enunciada por un habitante de una pobla-

ción de Santiago opera como un gesto autosegregador de su entorno barrial, probablemente percibido como estigmatizado. Otro tipo de afirmaciones recurrentes como “solo llego a dormir a mi casa”, hace referencia a la percepción que la vida transcurre en otros lugares de la ciudad, denotando como irrelevante el entorno de su vivienda.

Desde una perspectiva en que la espacialidad emerge a partir de prácticas, en que el espacio es algo vivido, experimentado (Lefebvre, 1992), las trayectorias cotidianas que realizan los sujetos juegan un rol significativo. Esta espacialidad se produce en la articulación entre raíces y rutas, entre prácticas de permanencia y movilidad. En el presente texto exploramos con especial énfasis en las posibilidades que brinda una perspectiva de movilidad para develar dimensiones de la experiencia urbana inadvertidas desde una concepción anclada en lo barrial, y explorar cómo una serie de procesos de producción espacial se incorporan, son vividos, significados, en definitiva, experimentados en las prácticas cotidianas de habitar.

Basados en dos casos de estudio abordados etnográficamente, reconstruimos **la perspectiva del habitante** -fundamento del conocimiento antropológico-, para reflexionar sobre la imbricación entre dimensiones estructurales y de agencia en la vida cotidiana del habitante. Proponemos una perspectiva no restringida a la búsqueda de comunidades sino más bien a una en que el **seguimiento** de sus habitantes a través de sus prácticas de movilidad cotidiana puede develar cierta novedad del habitar en el Santiago contemporáneo.

2. Antropología urbana como sinónimo de estudio de barrios

La estrategia que ha desarrollado la antropología para comprender la ciudad se ha basado en trasladar sus antiguas aldeas de estudio al espacio urbano (Welz, 1991). La búsqueda de comunidades, redes de intercambio, solidaridad, y finalmente de construcción de sentido colectivo, parecen encontrar en la fijación y localización de colectivos en la ciudad su mejor estrategia. Pese a la larga crítica sobre el isomorfismo entre lo social, cultural y espacial como artificio metodológico-epistemológico (Augé, 1995), la noción de unidades localizadas permanece como un lugar seguro para la reflexión. En buena medida, la antropología urbana ha sido por largo tiempo sinónimo de estudio de barrios o unidades espaciales discretas, delimitadas, en que se espera **rescatar** o **develar** formas que se resisten a los procesos de individualización, anonimato e intercambio funcional tan celebrado en algún momento en su sentido revolucionario por Walter Benjamin, Georg Simmel o Louis Wirth. Desde esta posición, los usos antropológicos muestran su cara conservadora, son los esfuerzos de **conservar** formas de habitar aparentemente refractarias a procesos de modernización y, que en consecuencia, sostendrían una cierta “autenticidad”, es decir, los fundamentos de una identidad firme y más o menos inmutable.

Son conocidos los primeros referentes de esta orientación. La Escuela de Chicago, sin duda, marca de modo fundacional la observación etnográfica y antropológica en la ciudad. El foco de esta Escuela está puesto en las estrategias de inserción, asimilación e **igualación** de la población migrante en la gran ciudad americana (Park, 1984). La idea de que lo urbano es un

modo de vida que asimila otras formas de habitar (Wirth, 1938), y que en consecuencia, las resistencias frente a éste son de interés antropológico, en cuanto representarían la **otredad** en la ciudad, es una idea establecida en la primera mitad del siglo XX, desarrollada a través de nociones como las de etnicidad urbana (Cohen, 1974) y reproducida por diversos surcos hasta el día de hoy tanto en un campo internacional como local (Imilan & Lange, 2003).

En esta línea, un conjunto de lecturas se rastrean en ciudades de nuestro continente que ponen en relieve la importancia de los vínculos comunitarios por sobre los de tipo **modernos** para la producción del espacio urbano. Los tempranos estudios de Lewis (1992), de mediados del siglo pasado, sobre estrategias de inserción familiar en Ciudad de México, así como las investigaciones sobre redes de solidaridad local de Lomnitz (1975, 1977), marcan un precedente sobre la importancia de las relaciones primarias, basadas en la familia y lugares de origen. En esta misma dirección, en la región andina destaca la observación sobre la **invasión** silenciosa de los migrantes de la sierra a la ciudad de Lima descrita por Golte & Adams (1990) como estrategias de reterritorialización de relaciones basadas en sus lugares de origen, también vemos en estudios más recientes la emergencia de nuevos tipos de urbanidad basadas en principios culturales aymaras en la producción espacial de El Alto en Bolivia, dando vida a un universo político y cultural paralelo a La Paz **blanca y moderna** (Albó, 2006). Estos trabajos son referentes fundamentales en la construcción de un pensamiento urbano latinoamericano que pone sobre la mesa un significativo protagonismo de las redes familiares y círculos de carácter comunitarios basados, la mayor de las veces, en los lugares de origen de

los habitantes urbanos. Localizados, durante el siglo XX, mayoritariamente en territorios rurales.

La urbanización latinoamericana parece haber sido producto de estrategias comunitarias de inserción urbana que dieron vida a un amplio campo de prácticas informales, o al menos, fuera de la organización del Estado (Germani, 1976). Las redes sociales basadas en los lugares de origen proveyeron los códigos para articular espacios de residencia y laborales para los migrantes (Golte, 1999; Gissi 2009). La formación de barrios marcados por la adscripción étnica o por los lugares de origen dan paso al enclave étnico, entendido en forma amplia como la concentración en un espacio físico – generalmente en un área metropolitana – de residencias y actividades económicas que emplean una proporción significativa de trabajadores con un origen compartido. La conformación de un enclave étnico señala un proceso en el cual una red de cooperación y asistencia -que auxilia al migrante a su arribo a la ciudad- se estructura de forma sostenida hasta transformarse en una red migratoria, es decir, una red institucionalizada que inserta al migrante gracias a sus vínculos de origen común (Macdonald & MacDonald, 1974).

El enclave étnico, la comunidad basada en un origen común territorialmente fijada, es aun en la actualidad una de las estrategias más visitadas por la antropología para abordar procesos de construcción de identidad en la ciudad, llegando a constituirse en el espacio central y definitivo de la experiencia urbana. En un recuento de antropología urbana - principalmente estadounidense - realizado por Setha Low (1996), se sostiene que el enclave étnico, la unidad lingüística, económica y socialmente autocontenida, si bien empíricamente de existencia controvertida,

continúa siendo en la actualidad un importante tópico de investigación para la antropología, especialmente vinculada a la inserción de colectivos en el espacio urbano. Incluso algunos influyentes trabajos recientes, como los de Lóic Wacquant (2008), Philippe Burgois (2003) o Arlene Dávila (2004), persisten en esta forma de espacializar la experiencia urbana al revisar la noción de gueto en Estados Unidos. Adicionalmente, la fascinación de la antropología por aventurarse “por el lado salvaje” – como lo dice Lindner (2004) para referirse a la atención por la marginalidad y los excluidos-, representaría un habitar de reclusión y enclaustramiento, y la consiguiente formación de microsociedades al margen de la vida de la “gran ciudad”.

Definitivamente esta concepción de la ciudad, como un conjunto de unidades espaciales homogéneas internamente y diferenciadas entre sí, ha tenido una amplia difusión en la forma en que se comprende la organización de la ciudad latinoamericana. En este punto surge el barrio como la estructura básica que dota de sentidos de pertenencia a los habitantes urbanos: el barrio observado no tan solo como una estructura físico-espacial, sino también como una suerte de territorio moral. El escritor chileno Carlos Franz (2001) en un logrado ensayo literario, investiga la construcción de Santiago a partir de la literatura chilena y concluye que la urbe se habría desarrollado como un conjunto de unidades separadas entre sí por una “muralla invisible”, una ciudad compuesta por unidades diferenciadas, comunicables y aisladas entre sí. No obstante esta separación no remite a la tan en boga separación física de la segregación socio-residencial o a la idea de la ciudad fortaleza, sino a espacios culturalmente diferenciados cuyas fronteras aparecen como límites morales al interior de la experien-

cia urbana. Se trataría de territorios externos a los propios sujetos, sometidos por sus reglas y normas. Toda promesa de libertad de la ciudad moderna parecieran, en el Santiago literario de Franz, hundirse en el encierro del barrio y sus lógicas comunitaristas de solidaridad, crisis y competencia. La ciudad como un campo vasto a ser vivenciado permanece negado para el habitante enclaustrado en su barrio, el resto de la ciudad es “tierra incógnita”, nunca explorada e incomprensible.

La antropología urbana latinoamericana ha sido una apologista de la vida barrial. En efecto, desde esta perspectiva las fuentes de identidad y de luchas políticas siempre surgen fundamentalmente a partir de las relaciones cara a cara y de la apropiación del espacio del entorno inmediato a la vivienda (Márquez, 2006). José Bengoa (1996), ha postulado que en la formación de lo urbano en Chile se deja rastrear una nostalgia del mundo rural y su universo comunitario. Como hemos planteado, la existencia del barrio y su universo social es una cuestión empírica, que debe ser probada caso a caso. Ciertamente la experiencia de la ciudad no se restringe al barrio y es por ello que se requiere indagar junto a perspectivas teórico-metodológicas que proveen de nuevas claves de comprensión.

3. Movilidad y la formación de las rutas (de sentido)

Lo primero para comprender el rol de la movilidad en el habitar es adscribir a una noción de espacio no-kantiano, no cartesiano, abandonar la idea que el espacio -en este caso lo que se conforma como urbano- está **dado** como un escenario, telón de fondo o soporte donde la vida social transcurre. El espacio es producido por una multiplicidad de actores y es experimen-

tado de forma cotidiana. Este espacio no es ni anterior ni posterior a las prácticas, sino parte de ellas mismas (Massey, 2005). El espacio se hace cuerpo en el habitante, pero a la vez se transforma en una extensión de este, tal como propone Haraway con su *cyborg* como un cuerpo que se extiende y conquista su entorno (Grebowicz, 2013). El espacio como un tipo de ensamblaje entre humanos y no humanos. Desde esta posición, todas las prácticas de habitar son relevantes en la producción del espacio, lo que nos conduce a mirar no tan sólo significaciones y valoraciones enunciadas discursivamente, a la vez implica metodológicamente mirar lo no-discursivo de las prácticas, y en este sentido, recuperar el ejercicio de una etnografía que se basaba fuertemente en la observación antes que cayera en el imperio del **giro discursivo**. Observar es captar las prácticas sociales a través de las mediaciones sensibles con las que se comunican los sujetos y sus entornos, entonces el cuerpo, lo somático, toma una nueva dimensión. Es desde esta perspectiva que se configura una geografía, una espacialidad, “no-representacional” (Thrift, 2007) que se escapa a la representación discursiva. En efecto, la espacialidad de la que hablamos es una construida tanto con el cuerpo, en cuanto inscripción y extensión a su entorno, como en las significaciones discursivas que lo hacen consciente. Desde esta perspectiva la espacialidad está en un devenir, y siguiendo el sentido deleuziano del **devenir-máquina**, en uno en que los procesos corporales, psicológicos, mentales y materiales se encuentran imbricados.

El espacio cartesiano, el de las representaciones cartográficas que permiten localizar objetos, culturas y personas, da paso a este espacio vivido, experimentado en el sentido más fenomenológico. Si en efecto, “las culturas ya no pueden ser localizadas” (Kokot 2007) la preocupación

por la espacialización de las identidades da paso desde una topografía a una topología, centrada en los actos que producen espacio (Serres, 1988). Este proceso no sería sólo producto de las fuerzas colectivas como planteaba Lefebvre, sino también uno donde los individuos, en el sentido de los procesos de individuación, juegan un rol central (Hiernaux, 2005).

Ciertamente los habitantes de la ciudad no extinguen su existencia sólo en su vivienda y entorno inmediato, es en este foco, en el barrio, donde surge una concepción estática de un espacio enraizado, observando a los habitantes como inmóviles en la ciudad. Particularmente sensible se torna esta crítica al notar que cada vez más los espacios metropolitanos exigen desplazamientos y usos diferenciados del espacio urbano, acompañado por una creciente movilidad por el uso de tecnologías que tienden a desanclar las prácticas de las localizaciones. La movilidad cotidiana es entonces un recurso fundamental para llevar a cabo nuestras actividades cotidianas, pero también juega un rol central en la forma en que **producimos espacio**. En estos términos, la movilidad puede ser vista como práctica, experiencia y, al mismo tiempo, como dispositivo de observación.

En décadas recientes la crítica a la fijación de culturas y sujetos ha llevado a construir modelos metodológicos multi-situados o multi-locales (Gupta & Ferguson, 1997), así la práctica etnográfica ha desplegado lugares múltiples de observación (Cucó, 2004). No obstante, se arriesga aun seguir mirando los lugares que conectan las rutas y no las rutas en sí mismas. Volviendo a la idea de línea de Ingold, lo relevante de poner la movilidad en el centro es develar lo que sucede “en el trayecto”, en la práctica misma de construir lugares mientras las personas se mueven (Jirón, 2007).

4. Habitar Santiago en la movilidad

Sostenemos la hipótesis de que la experiencia de habitar Santiago va más allá de sus barrios históricos y nuevos, de sus relaciones localizadas en la contigüidad y vecindad, del conjunto de redes que surgen de organizaciones funcionales y territoriales. Al asumir que los individuos van tomando un rol cada vez más relevante en la producción del espacio, también es posible argumentar que las prácticas de movilidad son en sí mismas experiencias que permiten ir significando el espacio en la medida que se recorre a través de las rutas, las conexiones y bifurcaciones que implican, y se ejercita una topología que devela el devenir de la vida urbana (Jirón et al., 2013). Este conjunto de afirmaciones que planteamos no sólo emergen producto de reflexiones de orden teórico o como importación de ciertas tendencias globales de las ciencias sociales, sino que tienen por sobre todo, un correlato empírico que evidencia su urgencia de desarrollo en el caso de Santiago. Es fundamental pensar en cómo transformaciones de orden socio-espacial se imbrican con la producción de experiencias e identidades en la ciudad. Presentamos dos casos de estudio que emergen en el marco de una investigación sobre movilidad cotidiana urbana en Santiago¹.

En el contexto de esta investigación se acompañó a más de setenta personas en sus prácticas de movilidad cotidiana aplicando **etnografías de sombreado** (Jirón 2007a; 2010). El sombreado consiste en un seguimiento a viajeros urbanos a partir de un enfoque etnográfico multisituado en movimiento, que permite describir las experiencias de movilidad. Previo al sombreado se realiza una entrevista y una aceptación explícita por parte del participante de la investigación. En un día laboral normal, se acompaña al participante desde el momento que deja su vivienda hasta

que finaliza la jornada. Esto implica llegar a su vivienda y observar cómo se preparan para salir, luego pasar todo el día junto a ellos; observar cómo toman decisiones para viajar y las estrategias que ponen en acción para viajar en un bus o metro en la hora punta o conducir por la ciudad durante todo el día. Se registran actos cotidianos como el aburrimiento al momento de hacer compras o el afán de dejar a los niños a tiempo en el colegio, el temor de llegar a casa tarde por la noche, entre muchas otras actividades cotidianas. Finalmente, implica también retornar a la vivienda por la noche (o salir por la noche y regresar en la mañana, como en el caso de guardias de seguridad). Durante el viaje el etnógrafo intenta observar las diversas formas en que los viajeros dan significado a los momentos móviles según los diversos lugares por los que se desplazan. Esto implica observar el cuerpo y sus emociones, la materialidad y entorno físico espacial, los otros viajeros y cosas que se enfrentan, las estrategias y tácticas que se van adoptando y el significado que se le da a cada espacialidad que se va generando.

Los casos de estudio estaban compuestos por un conjunto diverso en ingresos económicos, de género, de ciclo de vida, de lugares de residencia y ocupaciones, de forma de desarrollar un amplio repertorio de prácticas de movilidad en la ciudad. Cada uno de los casos que se presentan a continuación abre una lectura respecto al habitar en la movilidad.

“Yo no me junto con nadie”

Rosa es la madre de 3 mujeres, dos de ellas estudian en un instituto mientras que la menor está terminando la enseñanza básica. Su esposo es obrero metalúrgico. Rosa y su marido se conocieron en la población donde crecieron: La Bandera. Han vivido todas sus

vidas en esta población histórica. Recuerdan los tiempos de escasez que vivieron junto a sus padres, la pobreza de la infancia que dio paso a una juventud de exclusión y represión durante la dictadura. Como matrimonio nunca fueron muy activos en organizaciones, no obstante el ambiente colectivo y asociativo era parte de la vida cotidiana cuando eran jóvenes. Desde hace años ya no tienen interés en juntarse con los vecinos, “lo pasamos en la casa” o “aquí con la familia no más”, son expresiones de Rosa cuando habla de su relación con la población. Ella trabaja de asesora del hogar cuatro días a la semana, en cada día visita a una persona diferente, todos son personas mayores que viven en departamentos en comunas de altos ingresos: Las Condes, Vitacura y La Reina. En su día libre ayuda a su hija mayor con su hijo de dos años. “Mis hijas tienen que estudiar pa’ que no trabajen como yo”, es un deseo al que le dedica su esfuerzo cotidiano.

A las 6 de la mañana se inicia la actividad en la casa, Rosa prepara el desayuno de su marido y el de sus hijas, no alcanza casi a sentarse ya que debe salir a las 7. Rosa es de baja estatura, lleva el pelo oscuro largo y suelto, viste una blusa y una falda ancha. Sale de su casa caminando con su cartera por el estrecho pasaje donde se encuentra su casa. Camina un par de cuadras donde se encuentra con un improvisado paradero del Transantiago, en medio de un sitio eriazo. La aglomeración de personas en la esquina señala el lugar donde se detendrá el bus. El bus es un expreso, los primeros pasajeros que se suben completan los asientos de la máquina, Rosa alcanza a tomar uno, pone su cartera sobre las piernas mientras que la mayoría de los pasajeros hombres se alistan a dormir. El bus toma la carretera para llegar a la estación de metro Los Héroes, el viaje es

rápido, por las ventanas rayadas del bus se observa un paisaje de industrias abandonadas. Rosa se baja del bus después de 35 minutos de viaje, ahora deber tomar la atestada línea 1 del metro. Faltan algunos minutos para las 8 de la mañana cuando Rosa toma distancia para darse impulso y lograr entrar al vagón que viene lleno. Su cuerpo bajo y de formas redondas no pasa inadvertido para los pasajeros que van en la puerta del tren. Rosa mira hacia afuera no tomando atención de las consecuencias de su acción. El ambiente es estrecho, apenas se puede mover, sólo mira hacia afuera, sólo se ve el reflejo de la ventana. El trayecto dura otros veinte minutos.

A Rosa le duelen las piernas, el viaje en la mañana es incómodo para ella. Gente sube y baja del vagón, ella ha quedado justo en el área de las puertas, en cada parada debe acomodarse para dejar bajar y subir a los pasajeros. Rosa desciende en una estación cuyo sector

es altamente denso en oficinas. Al salir de la estación pide los dos periódicos gratis que se reparten, "son para mi marido", exclama, explicando que se los llevará para su lectura en la noche. Afuera de la estación un carro de sopapillas y otros dos vendedores independientes venden desayunos, sándwiches y café. Rosa ya ha desayunado, aunque a esta altura del viaje y de la mañana confiesa que siempre le dan ganas de comprar. Camina un par de cuadras hasta ingresar a un elegante edificio residencial en el barrio El Golf. Aquí el paisaje contrasta fuertemente con su barrio; mientras que los pavimentos quebrados, la tierra y sitios eriazos conforman el espacio público en el entorno de su vivienda, aquí el cuidado trabajo de pavimentos y aceras, así como los antejardines y rejas marcan una ciudad completamente diferente a la que habita Rosa (Figura 1).

Figura 1. Fotografías del viaje de Rosa

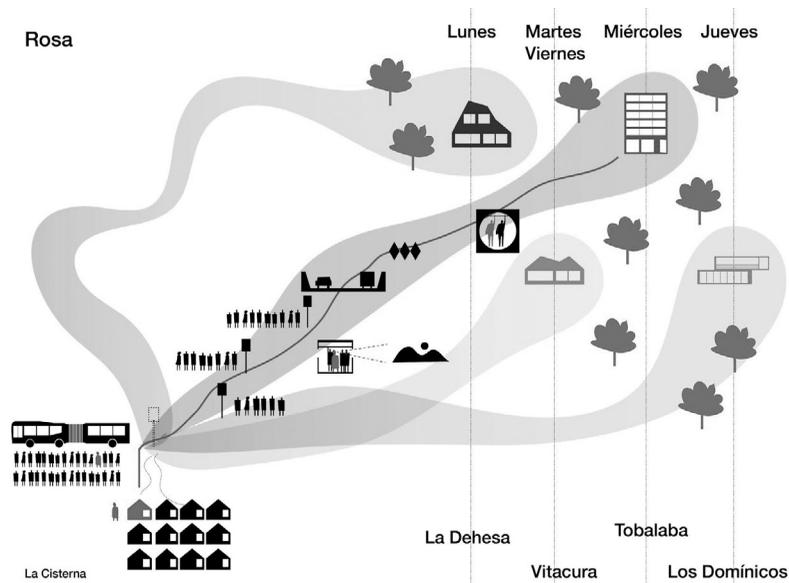


Después de 7 horas de trabajo Rosa ha terminado sus labores en el departamento de una adulta mayor que vive sola. El trabajo no es mucho –según ella- pero a la dueña de casa le gusta la compañía. Rosa siempre se queda un rato más para conversar con ella. Cuando sale camina por una calle con edificios con negocios en sus primeros pisos, ahí suspende su mirada en un segundo piso donde a través de ventanales se observan mujeres haciendo gimnasia. Rosa las mira reflexionando: “no sé porque yo no bajo de peso si transpiro todo el día, igual que ellas”. De regreso toma un recorrido diferente al de la mañana ya que el expreso solo corre en las horas punta. También puede viajar sentada, el viaje dura más de una hora, siempre despierta a pesar del cansancio. No tiene celular, se entretiene escuchando las conver-

saciones de los pasajeros, algunas veces son conversaciones que no le agradan. Una vez recuerda iban unos jóvenes ironizando sobre la muerte de numerosos reos en el incendio de la cárcel de San Miguel (2011), mientras que Rosa pensaba en los hijos de sus vecinos que habían muerto en ese terrible acontecimiento. “A veces la gente es insensible, porque no conoce”, sostiene mientras observa la transformación de la ciudad a través de los vidrios del bus. Rosa logra llegar aun con luz de día a su casa, caminando por las calles de la población que aun permanecen semivacías antes del anochecer.

En la figura 2 se representan los viajes de Rosa durante la semana, sus destinos en diferentes comunas. La figura representa la espacialidad habitada a través de sus movi-

Figura 2. El viaje de Rosa



“Todo el día en la calle”

Andrés tiene 26 años, estudió una carrera técnica de administración y trabaja como gestor en una empresa que presta servicios a un programa de fomento de microemprendimientos de SERCOTEC (Servicio de Cooperación Técnica), una agencia del Ministerio de Economía. El día que se realiza el sombrero, Andrés tiene como tarea juntarse con beneficiarios del programa para el cual trabaja y acompañarlos para realizar una compra de insumos con el subsidio que entrega el programa. Son montos relativamente pequeños, ciento cincuenta mil pesos² que el mismo Andrés lleva en efectivo para realizar la compra en distribuidoras o almacenes, dependiendo los requerimientos de cada uno de los microemprendimientos. Andrés sale de su casa a la 8:30, vive a sólo un par de cuadras de la estación Elisa Correa de la línea 5 del metro en Puente Alto. Vive junto a su madre en este sector de clase media desde hace años, aunque reconoce que “sólo llega a dormir a su casa”, su vida transcurre “todo el día en la calle” como afirma. Camina a paso firme vestido con un pantalón de tela negra y una camisa blanca, con un bolso de computador donde porta los documentos que requiere para el día. La hora punta ya ha pasado en la periferia, lo que permite subirse al Metro de forma cómoda. Apenas Andrés se acomoda en el vagón, apoyando su espalda en la puerta que se mantiene cerrada, saca su *smartphone* del bolsillo y una carpeta de su maletín. Su teléfono cuenta con internet móvil³, revisa correos electrónicos y busca en su maletín las fichas de los beneficiarios con quien se reunirá en el transcurso del día. Cinco minutos de viaje y recibe la primera llamada por teléfono de su amiga Isabel, con quien ha “iniciado una relación” hace apenas una semana. El

llamado es breve pero afectuoso, se saludan y desean un buen día. Andrés retorna al trabajo, busca en sus carpetas números de teléfonos y empieza a llamar. El Metro viaja por vía elevada, el sol ilumina y calienta el interior. Andrés inicia una serie de acciones de micro-coordinaciones, llama a cada uno de los beneficiarios con los que debería juntarse en el día, son cuatro personas que proponen lugares y horas diferentes de compras. Uno de ellos quiere abrir un negocio de venta de comida para mascotas, otra persona quiere abrir un salón de belleza, otro un almacén. Cada uno de los beneficiarios conoce un lugar barato para comprar los insumos que requieren. Andrés empieza a trazar un mapa en su cabeza de los posibles desplazamientos, calcula tiempos de desplazamientos para ir fijando una a una las citas. Entremedio, llama Isabel, interrumpe el trabajo de Andrés para recordarle que no ha dejado de pensar en él. Llamada breve y Andrés vuelve sobre su mapa imaginario.

Luego de una hora desde que salió de su casa, Andrés se dirige a la oficina de la empresa para la cual presta servicios. El espacio de trabajo es una sala con un mesón con computadores y teléfonos que Andrés y sus colegas pueden utilizar de forma indistinta. Se acomoda en uno de ellos y vuelve a llamar a sus beneficiarios intentando coordinar las horas y lugares de encuentro; definitivamente con uno de ellos será imposible realizar las compras durante el día. Andrés sale de la oficina para tomar el Metro, ahora es él quien llama a Isabel, quiere simplemente saber cómo le va en el día. Empieza el calor, es verano y sol golpea fuerte. El primer encuentro se realiza en el barrio comercial de Meiggs. Grandes distribuidoras venden todo tipo artículos, aquí en una distribuidora de confites se encuentra con unos de los beneficiarios, la operación es rápida. Andrés decide tomar una **micro**, arriba de la

máquina saca su carpeta nuevamente y confirma el próximo encuentro ahora en el barrio Mapocho. “En 20 minutos, ahí donde Ud. me indicó, en la entrada nos vemos” - Andrés cuelga y busca entre sus papeles la fotografía de la persona para que le resulte más fácil su identificación. Una vez arriba de la **micro** lo llama Isabel, ahora ella tiene una pregunta específica: “¿nos juntamos en la actividad de la Gruta?” - pregunta para confirmar la asistencia de una reunión de organizaciones de jóvenes católicos en la que ambos participan y que se llevará a cabo las 19 horas en una escuela al lado de la Gruta de Lourdes, sector poniente de la ciudad. Andrés mira su reloj y exclama: “claro, ¡por supuesto!”. Llegamos con precisión al encuentro en Mapocho, identifica de inmediato a la mujer que desea comprar implementos para abrir un salón de belleza. Nos encontramos en el centro de Santiago, hace calor, Andrés suda, decide ir a almorzar a un restaurante barato en los alrededores. Descansamos, el calor cada vez es más intenso. El próximo encuentro no es lejos de donde nos encontramos, después del almuerzo nos vamos tranquilamente caminando.

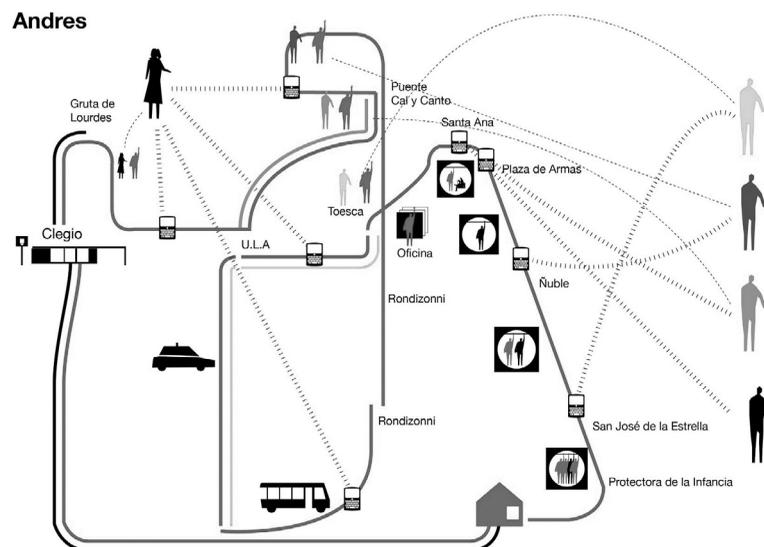
El último beneficiario de la tarde requiere

comprar alimentos para mascotas, cuando llegamos al local nos informa de inmediato que parte de los productos requeridos no se encuentran en *stock*. Sentados en una jardinera Andrés y el beneficiario empiezan a llamar a distintos distribuidores, preguntan precios. Luego de un par de minutos, deciden caminar un par de cuadras hasta otro distribuidor. Esta operación resulta más extensa que el resto, hace mucho calor, Andrés se mueve lento y habla poco. Cuando terminamos llama a Isabel para decirle que ya está listo, que podrían encontrarse desde ya, Isabel lamenta que llegará sólo cuando la reunión se inicie. De todas formas Andrés decide encaminarse hacia la Gruta de Lourdes, “hay un jardín muy bonito ahí” dice, invitando a un lugar donde descansar bajo árboles a la espera de la llegada de Isabel y el inicio de la reunión.

La reunión termina cerca de las 9 de la noche, Andrés e Isabel se suben juntos al metro, viajarán hasta Puente Alto, van abrazados, Andrés extiende sus brazos sobre Isabel como protegiéndola del resto de los pasajeros, miran a través de la ventana la noche de verano de un día extenuante.

En la Figura 3 se representa el viaje de Andrés.

Figura 3. El viaje de Andrés



5. Más allá del barrio

Discutamos las implicancias en las prácticas de movilidad de nuestros dos casos. El caso de Marta plantea desde un principio su autosegregación de los vecinos y de la vida del barrio, donde ella esquivaba su pertenencia a la población donde reside. Pero ella no se encuentra enclaustrada en su vivienda, su movilidad le permite conocer otras áreas de la ciudad, tomar consciencia respecto a las diferencias del espacio urbano, especialmente, en relación a las diferentes clases sociales en la ciudad. Conversa y se relaciona con las personas para quien trabaja, a partir de estos encuentros permanentes pero también junto a otros más bien fugaces, Marta construye una imagen de su pertenencia en la ciudad. Estas experiencias cotidianas son fundamentales para la formación de su subjetividad.

El caso de Marta expresa el debilitamiento del barrio como espacio de adscripción identitaria producto de la erosión de los lazos sociales otrora sostenidos por la solidaridad y prácticas comunitarias. Marta ha vivido toda su vida en la población, sin embargo, su afirmación “no me junto con nadie”, condensa de forma paradigmática este debilitamiento.

El barrio también se ha constituido en la última década en un dispositivo para la intervención de la política pública que busca, en cierto sentido, volver a fortalecer la vida comunitaria. En el año 2006 se implementó el Programa Quiero mi Barrio (QMB) por parte del Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU), en barrios vulnerables a lo largo de Chile. El Programa QMB es parte de una tendencia internacional de política urbana de intervención en espacios residenciales. Muchos de los barrios en los que se ha aplicado el programa correspondían a antiguas poblaciones forjadas por sus propios pobladores a través

de ocupaciones de terreno desde la década de 1960. De hecho, la población donde vive Marta fue receptora de una de las intervenciones de este programa. La vital organización social y sus fuentes para la construcción de una identidad popular empezaron a debilitarse en la década de 1990, luego de haber sufrido la represión y haber sobrevivido durante la dictadura de Pinochet en base al fortalecimiento de la solidaridad interna. El desarrollo de economías criminales desde la década de 1990, principalmente basadas en el narcotráfico, no sólo ha polarizado las relaciones sociales al interior de la comunidad, sino también han sido fuente para la estigmatización territorial de estos espacios. Mientras que en las antiguas poblaciones existe una memoria de luchas colectivas y solidarias que sirven de contrapunto a la consolidación de las economías criminales, en el caso de nuevas áreas residenciales vulnerables se han desarrollado estas economías con escaso contrapeso simbólico (Rodríguez, 2005). Detectada esta necesidad el QMB intenta reconstruir el tejido social de los barrios, sustentar una noción de proyecto colectivo, de construir confianza entre los vecinos para transformarse en actores protagónicos en la construcción del hábitat. Si bien este no es el espacio para desarrollar un comentario crítico respecto a este programa gubernamental, si podemos consignar las tremendas dificultades que ha enfrentado para lograr sus objetivos. Estas no sólo se produjeron en torno a la noción misma de barrio que lo sustentaba, la mayor de las veces basadas en límites espaciales supuestos que poco tenían que ver con la historicidad y prácticas de sus habitantes, sino básicamente, porque en la mayoría de estos espacios no sólo se carece de una noción de identidad colectiva entre los vecinos, sino justamente, esta posibilidad es rechazada.

La estigmatización territorial, discutida ampliamente en la actualidad (Wacquant, 2007), promueve formulaciones como las de Marta “yo no me junto con nadie de aquí”. Los habitantes responden de esta forma simbólica a la segregación socio-residencial a las que han sido condenados, es necesario autosegregarse para no ser confundidos con los que no queremos ser⁴.

Todo análisis respecto a la forma en que se experimenta el barrio debería revisar estas condiciones, ver entonces el barrio como un espacio en conflicto producto de las relaciones que la constituyen y no como un recurso para la esencialización de relaciones premodernas de las que nos advierte Massey (2005), al recordar que los “lugares” siempre son producto de relaciones que se encuentran en competencia. En este contexto, los pobladores pueden ver y percibir el habitar en sus barrios como un enclaustramiento, por ello las prácticas de movilidad cotidiana juegan un rol central, tal como expresa Marta y su experiencia urbana.

Para Andrés su casa y barrio no juega un rol relevante, él habita la ciudad trabajando en la movilidad. Las características de su trabajo flexible y precario llevan a transformar la ciudad completa en su lugar de trabajo mientras se mueve por ella. La tecnología juega un rol central para la conformación de su oficina móvil, a la vez que su vida privada se desarrolla casi de forma simultánea a su vida laboral, tal como se podría interpretar la presencia de su amiga a lo largo de todo el día. Andrés experimenta la ciudad como un continuo espacial de trabajo y privacidad.

Andrés permite discutir la relación entre trabajo y habitar la ciudad. “Sólo llego a dormir a mi casa” es una expresión compartida por muchos habitantes de Santiago, ya que debido principalmente a las dinámicas laborales, las viviendas y barrios juegan el rol prácticamente de dormitorios. La

relación entre prácticas laborales y de habitar se encuentra en la base de la sociología urbana, de hecho los trabajos que animaron la disciplina pusieron el trabajo como el fundamento para entender el desarrollo de la urbe (Weber y Marx, entre otros). Ciertas tendencias anunciadas a fines de la década de 1980 que presagiaban formas deslocalizadas de trabajo parecen hoy haberse realizado pero de una manera distinta a como las imaginó, por ejemplo, García Canclini (1989), quien auguraba con entusiasmo a principios de la década de 1990 la creciente relevancia del teletrabajo por gracia de las tecnologías de la información, que permitirían prescindir de la copresencia para la realización de tareas lo que a su vez fomentaría la permanencia de los trabajadores en sus casas. Por cierto que la masificación de tecnologías ha permitido deslocalizar el trabajo, pero más que la disolución del lugar de trabajo, estos se han diversificado, conquistando incluso la movilidad como **lugar** laboral. La telefonía e internet móvil ha jugado sin duda un rol central en este proceso, que en el caso chileno, se conjuga con un fuerte mercado laboral flexible y precario. Esta relación que ha invadido la vida cotidiana en una ciudad como Santiago ha sido aun escasamente indagada y aun menos en sus implicancias en el habitar (Jirón & Imilan, 2014).

La flexibilidad laboral se concibe principalmente como una flexibilización en el tiempo del trabajo. La flexibilidad se tematiza habitualmente en términos de la durabilidad y extensión de los contratos de trabajo, sometido ya no a jornadas definidas, sino a productos (Pérez, 2011). La precariedad que implica esta lógica emerge cuando la flexibilidad erosiona la frontera de lo que se entendía tradicionalmente como tiempo productivo de tiempo no-productivo (Tsianos & Papadopoulos, 2006). El tiempo de vacaciones, de enfermedad, de descanso y familiar tiende

a fusionarse con el tiempo laboral, la distinción de este con respecto al tiempo privado se torna borrosa, lo que experimentan los trabajadores es un continuo temporal donde se insertan prácticas privadas con laborales. El análisis de la temporalidad flexible suele obviar un hecho central, el tiempo es siempre tiempo-espacio. Esto significa que un tiempo flexible implica un espacio flexible. En esta misma dirección, la flexibilidad laboral precariza la distinción entre espacio de trabajo y espacio privado. Formulados en términos directos, es posible que cada vez tengamos mayores

problemas para identificar tanto nuestros horarios como lugares de trabajo. Esta transformación de las esferas privadas y laborales debe llevarnos a repensar las dificultades de localizar nuestras actividades cotidianas.

En este sentido, el relato de Andrés resulta clarificador acerca de cómo la experiencia de su casa y barrio no dicen mucho de su habitar la ciudad, si no se observa el continuo de su vida cotidiana que transcurre en diversos lugares de la ciudad.

Conclusiones

Hemos propuesto que la pregunta por el habitar debiera ser asumida de forma central por el quehacer de la antropología urbana. Este foco invita a ampliar la mirada sobre los procesos de apropiación y significación en la ciudad más allá del análisis de las relaciones de apropiación y significación en unidades delimitadas del espacio urbano como resultan ser los barrios.

Mirar el habitar implica primero asumir una concepción de espacio más vivencial, es decir, un espacio que emerge a partir de prácticas, el espacio no como algo dado, sino como una construcción siempre en devenir a partir de las prácticas de los sujetos. En segundo término, reconocer el rol de los individuos en la construcción del espacio y no tan sólo de las **fuerzas colectivas**, en efecto, los procesos de individuación tan relevantes en la cultura urbana juega un rol central. Tercero, y como dispositivo teórico-metodológico, las prácticas de movilidad permiten comprender el continuo de la vida cotidiana a través de las cuales se imbrican tanto la vivienda, el barrio como la ciudad-región.

La experiencia empírica demuestra de forma creciente en el caso de Santiago, la debilidad y erosión del barrio como fuente para la construcción de sentidos individuales y colectivos. En este sentido, insistir en explorar esta escala como si se tratase de un núcleo desde donde comprender la forma de habitar la ciudad nos puede conducir a un análisis sesgado y parcial. Los dos casos etnográficos presentados expresan con claridad el potencial de la perspectiva de movilidad para entender la experiencia del habitar como un continuo que articula diferentes escalas.

Lo que llamamos evidencia empírica en este texto se refiere a explorar las prácticas de los habitantes de forma desprejuiciada para poder comprenderlas en una articulación compleja con los fenómenos de producción del espacio urbano. El rol de artefactos tecnológicos y de comunicación, nociones de vida privada y laboral, medios de transporte, sistemas laborales, entre otras, requieren ser repensados a la luz de la experiencia urbana. En el marco de este tipo de reflexiones es donde la experticia antropológica va a un encuentro interdisciplinario que permita contribuir también al debate teórico respecto a lo urbano.-

Notas

¹ “Movilidad cotidiana urbana urbana y exclusión social en Santiago de Chile” Investigadora Responsable Paola Jirón, FONDECYT N° 1090198, www.santiagoosemueve.com, INVI- Universidad de Chile.

² Aproximadamente USD 220, mayo 2015.

³ Según datos de la Subsecretaría de Telecomunicaciones (SUBTEL), en el año 2011 cuando se realizó este estudio de caso, sólo el 11% de los teléfonos celulares en Chile tenían acceso a internet móvil.

⁴ Pareciera ser que la segregación de cualquier “otro” forma parte del espíritu de época actual en Chile. Resultados preliminares de investigación muestran como en conjuntos habitacionales diseñados para la integración de familias de diferentes segmentos de ingreso económico, sus habitantes se autosegregan entre grupos de iguales o simplemente se recluyen en el seno familiar. Proyecto FONDECYT N° 11130636, Investigadora Responsable Beatriz Maturana, INVI, Universidad de Chile.

Referencias bibliográficas

Augé, M. (1995). *Hacia una Antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona: Gedisa.

Albó, X. (2006). “El Alto, La vorágine de una ciudad única”. *Journal of Latin American Anthropology*, 11(2), 329-350.

Bengoa, J. (1996). *La comunidad perdida*. Santiago: Ediciones Sur.

Bourgois, P. (2003). *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. New York: Cambridge University Press.

Clifford, J. (1997). *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.

Cohen, A. (1974). “Introduction: The lesson of ethnicity”. En Cohen, A. (ed.). *Urban ethnicity* (pp. 9-24). London: Tavistock.

Cresswell, T. (2006). *On the move. Mobility in the Modern Western World*. London: Routledge.

Cucó, J. (2004). *Antropología urbana*. Barcelona: Ariel.

Dávila, A. (2004). *Barrio Dreams: Puerto Ricans, Latinos, and the Neoliberal City*. Berkeley: University of California Press.

Delgado, M. (1999). *El animal público: Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.

Franz, C. (2001). *La muralla enterrada*. Bogotá: Planeta.

García Canclini, N. (1989). *Culturas híbridas; Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.

____ (2005). “La antropología en México y la cuestión urbana”. En García Canclini, N. (ed.), *La antropología urbana en México*. México: Conaculta, UNAM, FCE. (pp. 11 - 29)

Geertz, C. (1990). “Desde el punto de vista del nativo”. Sobre la naturaleza del conocimiento antropológico. En *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas* (pp. 73-90). Barcelona: Paidós.

Germani, G. (1976). *Urbanización, desarrollo y modernización*. Argentina: Paidós.

Gissi Barbieri, N. (2009). “Redes sociales y construcción de la colonia en la Ciudad de México. El caso del enclave étnico chicholteco en San Miguel Teotongo, Iztapalapa”. *Cuicuilco*, 16 (45), 211-228.

Golte, J., & Adams, N. (1991). *El Caballo de Troya de los invasores. Estrategias campesinas en la conquista de la Gran Lima*. Lima: IEP.

Golte, J. (1999). “Redes étnicas y globalización”. *Revista de Sociología*, 11.

Grebowicz, M., Merrick, H., & Haraway, D. (2013). *Beyond the Cyborg: Adventures with Donna Haraway*. Columbia University Press.

Gupta, A., & Ferguson, J. (1997). “Discipline and practice. “The field” as site, method, and location in Anthropology”. En Gupta, A. & J. Ferguson (Eds.), *Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of a Field Science*. California: Univ. of California Press. (pp. 10-42).

Imilan, W. A., & Lange, C. (2003). “Aproximación a la antropología urbana chilena y el trabajo de campo en la ciudad”. En Richard, N. (ed.), *Movimiento de campo. En torno a cuatro fronteras de la antropología en Chile* (pp. 27-44). Guatemala: ICAP.

Ingold, T. (2007). *Lines: A Brief History*. London: Routledge.

Iturra, L. (2014). “¿Dónde termina mi casa? Mirando el hábitat residencial desde la noción de experiencia”. *Revista INVI*, 29(81), 221-248.

Jirón, P. A. (2007a). “Unravelling invisible inequalities in the city through urban Daily mobility. The case of Santiago de Chile”. *Swiss Journal of Sociology*, 33(1), 45-68.

____ (2007b). “Place making in the context of urban daily mobility practices: actualising time-space mapping as a useful methodological tool”. En Huijbens, E. & Páll Jónsson, Ó. (eds.), *Sensible spaces*. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing. (pp. 228-248).

____ (2010). On Becoming ‘La Sombra/the shadow’. En *Mobile Methods*, Büscher, M. Urry, J. & Witchger, K. London: Routledge (pp. 36-53).

Jirón, P., & Imilan, W. A. (2014). “Embodying Flexibility: Experiencing Labour Flexibility through Urban Daily Mobility in Santiago de Chile”. *Mobilities*, 10 (3), 1-17.

Jirón, P., Imilan, W., & Iturra, L. (2013). “Saber viajar en el metro de Santiago. La apropiación de lo público”. *Revista CA* (Santiago), 15(1), 112-115.

Kokot, W. (2007). “Culture and Space - anthropological approaches”. *Ethnoscripts*, 9(1), 10-23.

Lefebvre, H. (1992). *The Production of Space*. Wiley-Blackwell.

Lewis, O. (1992). *Antropología de la Pobreza*. México: FCE.

Lindner, R. (2004). *Walk on the wild side. Eine Geschichte der Stadtforschung*. Frankfurt: Campus.

Lomnitz, L. (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.

____ (1977). *Networks and marginality: Life in a Mexican shantytown*. San Francisco: Academic Press Inc.

López, E., Gasic, I., Meza, D., & Arce, I. (2014). "Renovación urbana y rol municipal pro-empresarial en la planificación territorial: Santiago de Chile 1990-2012". *Revista Iberoamericana de Estudios Municipales*, 8, 109-150.

Low, S. (1996). "The Anthropology of Cities: Imagining and Theorizing the City". *Annu. Rev. Anthropol.*, (25), 383-409.

MacDonald, J., & MacDonald, L. (1974). "Chain migration, ethnic neighborhood formation and social networks". En Tilly C. (ed.). *An urban world*. Boston: Little, Brown and Company. (pp. 215 - 262)

Márquez, F. (2005). "Identidades urbanas en Santiago de Chile". En VI Congreso de Antropología del Mercosur. Uruguay: www.antropologiaurbana.cl.

Massey, D. (2005). *For space*. London: Sage.

Páez, A. (2011). "Nuevas categorías según el marco analítico de la inserción endeble. El caso de los subordinados independientes y los cuenta propia". Minuta Temática de Empleo 2, Santiago: Fundación Sol.

Park, R. E. (1984). "The city. Suggestions for the investigation of human behavior in the urban environment". En Park, R. E. & Burgess, E. W. (eds.). *The city*. Chicago: The University of Chicago Press. (pp. 1 -47).

Reynoso, C. (2010). *Análisis y diseño de la ciudad compleja. Perspectiva desde la antropología urbana*. Buenos Aires: Editorial SB.

Serres, M. (1988). "Topologías". En Lévi-Strauss, C. (Ed.). *La identidad*. Barcelona: Petrel. (pp.115-132)

Signorelli, A. (1999). *Antropología Urbana*. México: Anthropos.

Thrift, N. (2007). *Non-Representational Theory: Space, Politics, Affects*. Routledge.

Tsianos, V., & Papadopoulos, D. (2006). "Precarity: A Savage Journey to the Heart of Embodied Capitalism". *Transversal – Eipcp Multilingual Webjournal*, 6. Disponible en: <http://eipcp.net/transversal/1106/tsianospapadopoulos/en>

Fecha de consulta: 14 de junio 2012

Urry, J. (2007). *Mobilities*. London: Polity Press.

Wacquant, L. (2007). "Territorial Stigmatization in the Age of Advanced Marginality". *Thesis Eleven*, (91), 66-77.

____ (2008). "The Body, the Ghetto and the Penal State". *Qual Sociol.*, (32), 101-129.

Welz, G. (1991). "Sozial interpretierte Räume, räumliche definierte Gruppen. Die Abgrenzung von Untersuchungseinheiten in der amerikanischen Stadtforschung". En W. Kokot, W. & Bommer, B. (eds.). *Ethnologische Forschung in Städten. Gegenstände und Probleme*. Dietrich Reimer Verlag: Berlin. (pp. 39-44)

Wirth, L. (1938). "Urbanism as a Way of Life". *The American Journal of Sociology*, 44(1), 1-24.